EL LICEO DE GRANADA

REVISTA QUINCENAL

DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

AÑO I. 15 de Agosto de 1869. NÚM. 10.

ESPAÑA

EN TIEMPO DE AUGUSTO.

(CONTINUACION.)

II.

El valor de los españoles nunca desmentido y el sentimiento de independencia, son los polos de la historia de España, que hacen girar la esfera de los acontecimientos que en sus páginas registramos, y que constituyen la fuente más copiosa de su estudio histórico-crítico.

Los fenicios, los cartagineses y romanos en la antigüedad; los árabes en la edad media y hasta las legiones francesas en el presente siglo, acreditan con sus respectivas narraciones históricas, que los españoles siempre y en todo tiempo, han sido la sombra fatídica de los pueblos opresores, bajo el lema entusiasta de libertad é independencia.

En la época de Augusto se nos ofrece un público testimonio de esta verdad. Los romanos, como los fenicios y cartagineses, habian ido sojuzgando paulatinamente los países orientales y meridionales de la península ibérica, ora por su mayor riqueza, ora por encontrarse próximos á las costas del Mediterráneo, que era la vía pronta y segura para volver á las respectivas capitales de donde procedian, y ora en fin, porque el yugo de hierro de tan diferentes dominaciones, habian acostumbrado á la esclavitud á algunos pueblos de los comprendidos en tales zonas.

Tan sólo el centro de España, país muy rico y codiciado, circunstancia importante á nuestro intento, atrajo por más de un siglo el interés de la República, mandando á él sus más ilustres capitanes y lo mejor de sus ejércitos, hasta conseguir, aunque imperfectamente su posesion, abandonando los sitios áridos é incultos y alejándose de las fragosas montañas.

Los romanos, pues, aun no habian subyugado ni conocido á los cántabros y á los astures; é incorporados definitivamente al imperio de Augusto, los antrigones, los murboges y los vacceos, vecinos de aquellos pueblos rústicos, inspiraron al emperador el deseo de conquistarlos, mucho más, cuando ocurridos algunos encuentros con sus tropas, mostraron una fuerza é intrepidez tales, que la fama de su valor hízose para las huestes romanas un motivo de temor y descontento. Hé aquí el orígen de la última guerra de los españoles, sostenida por los cántabros y astures contra el imperio.

Los historiadores difieren en su relato acerca de las causas que inclinaron el ánimo de Augusto á dirigir por sí mismo esta expedicion. La más conforme con los textos latinos es: que en el octavo consulado de su imperio, hallábase en Narbona dispuesto á marchar á las islas Británicas, aun no sometidas del todo, cuando se le hizo saber la insurreccion de los salacios, pueblos situados al pié de los Alpes, y la irrupcion de los cántabros y astures en la Tarraconense; suspende su expedicion á las islas; manda algunas fuerzas contra los salacios á las órdenes de Terencio Varron, y atraviesa los Pirineos con su ejército, para sujetar al único pueblo de España que desde sus escabrosos riscos desafiaba su poder. (26)

Divide el ejército en dos cuerpos: uno al mando del pretor Carisio contra los astures, y con el otro marcha él mismo contra los cántabros. Establece sus reales en Segisamo hoy Saramon, entre Búrgos y el Ebro, y provoca al enemigo por medio de ataques parciales á una batalla general: aquellos rudos montañeses guiados sólo por su valor heróico é independencia, no temian jefes, ignoraban el arte de guerrear, combatian sin órden ni plan preconcebido, atacaban de improviso, ya por sorpresa, ya por emboscadas, y no cesaban de hostigar y atormentar á los romanos, ora en su campamento, ora en sus marchas, haciendo cada vez más angustiosa la situacion de aquellas pesadas legiones. Aparecian á centenares, como salidos del averno, sembrando por todas partes la desolacion y el esterminio, y al verse atacados, recelosos de la victoria, desaparecian como por encanto,

Biblioteca Nacional de España

cual la luz del relámpago que, iluminando el horizonte, se extingue instantáneamente hundiéndose en el espacio.

Trascurrido algun tiempo en esta singular contienda, fatigado Augusto y mortificado por tan bizarros montañeses, retiróse á Tarragona, que es la version más probable, dejando el mando de su ejército á uno de sus mejores lugartenientes, á Cayo Antistio, quien manifestó en el desempeño de su cometido, las grandes dotes militares de que estaba adornado. Logró, persiguiendo unas veces á los cántabros y fingiendo otras la fuga, que bajasen, quizá por mantenimientos, como dice Lafuente, al pié de los muros de Vellica, ciudad situada junto á las fuentes del Ebro, donde atacados y envueltos de repente empeñóse una accion general, quedando la victoria por los romanos. Puestos los cántabros en fuga, no se atrevieron á buscar la costa que sabian estaba invadida por las legiones, y éstas favorecidas por la armada imperial; y se propusieron ganar el monte Vindio, uno de los más fragosos de la cordillera cantábrica; pero tambien por aquella parte hallaron á las cohortes romanas apostadas en Aracillum, hoy Aradillos, á media legua de Reinosa y á una de Fuentibre. En este conflicto, los cántabros, viéronse forzados á buscar un refugio en el monte Medulio, punto inexpugnable y el más conveniente á su defensa, pero tambien los romanos habian trazado una línea de circunvalacion alrededor de la montaña, abriendo un foso ancho y profundo de quince millas de circuito, y construyendo gran número de torres, cual si fuese una ciudad sitiada. Pudiéramos exclamar, una nueva Sagunto, otra Astapa, ú otra Numancia, pues los españoles ofrecieron siempre los más brillantes ejemplos de heroismo que contemplan las generaciones presentes y pasadas. Los cántabros, sin esperanza de salvacion, no habiendo tentado en un principio romper la línea enemiga, resolvieron darse la muerte antes que sufrir la esclavitud: los astures que se encontraban con los cántabros procuraron repetidas veces abrirse paso á través de las trincheras, pero fueron vanas sus tentativas, y concibieron la idea de implorar la clemencia del general sitiador. Semejante proposicion enfureció á los cántabros, quienes volvieron sus armas contra los astures, arrollándolos en número de diez mil hasta el mismo campo enemigo ó foso de circunvalacion. En el relato de los historiadores se observa alguna diferencia al exponer la continuacion y término de esta lucha. Unos dicen «que los romanos, aprovechándose de aquella confusion, cayeron sobre los heróicos y desesperados combatientes, lo cual es muy verosímil, y que los que vivos caian en sus manos eran crucificados, siendo tal el desprecio de la muerte y la bárbara serenidad de aquella gente independiente y fiera en el tormento, que sucumbian en la cruz cantando himnos guerreros.» (1) Segun otra version, «los astures, arrollados hasta las líneas de circunvalacion, solicitaron rendirse con condiciones; pero Tiberio, yerno de Augusto, se negó á prometerles cosa alguna, y entonces, impulsados por la desesperacion, atravesáronse unos con sus aceros, otros bebieron un veneno extraido de las ramas del tejo, (2) y casi todos murieron noblemente antes que tender sus brazos á las cadenas.» (3) Así subyugaron por vez primera la Cantabria, acabando su independencia y pereciendo la flor de su juventud; y si bien es cierto que veintitres mil no tuvieron tiempo para darse la muerte, muy pocos sobrevivieron despues á la pérdida de su libertad.

Faltábale á Augusto la sumision de los astures. Marchó hácia ellos con la mitad de su ejército; confia el resto á Carisio para alcanzar á un cuerpo de astures que se encaminaba á Galicia ó Lusitania. Detiénense y aceptan sin vacilar la batalla y la lucha, que duró dos dias fué tan terrible, que el mismo orgulloso vencedor se vió obligado á decir públicamente, que la bravura de aquellos guerreros le habia causado admiracion, declarándoles no menos esforzados que los soldados romanos.

El Sr. Lafuente se ocupa á continuacion del sitio de Lancia, sin mencionar la direccion que tomó Augusto con el ejército que mandaba; y débese advertir, como relato más probable, que los astures que permanecieron en su patria, rodeándose de fortificaciones en la ribera del Ezla, no lejos de Astúrica en el reino de Leon, resistieron tenazmente el empuje de las legiones acaudilladas por Augusto y su lugarteniente Antistio; pero el emperador Octavio despues de esta excursion, habiendo sitiado á Lancia, pueblo situado sobre Sollanzo á nueve millas de Leon, que era la plaza de armas de los astures, y á donde se refugiaron las reliquias perseguidas por Carisio, se apoderó al fin de la ciudad que aunque fué defendida con denuedo admirable, quedaron reducidos á tan corto número, que tuvieron que rendirse; y perdido este centro de accion, las demás fuerzas de astures, bien pronto sucumbieron. Este acontecimiento tuvo lugar al principio de su noveno consulado.

Despues visitó los países que acababa de conquistar, exigió rehenes á las principales ciudades, vendió como esclavos á la mayor

(1) Lafuente.—Saint-Hilaire.
(2) Flor. L. IV, cap. 12.
(3) Gebhardt.

Biblioteca Nacional de España

parte de los prisioneros, y obligó á los montañeses á abandonar las alturas estableciéndose en los llanos, pero difundiendo por donde pasaba algunos gérmenes de civilizacion, y distribuyendo á sus veteranos campos y tierras, en recompensa de sus servicios. Augusto, despues de confiar á Lucio Emilio el mando del ejército de la Tarraconense y á Publio Carisio el gobierno de esta provincia y la Lusitania, marchóse á Roma, donde cerró por cuarta vez el templo de Jano.

Las autoridades romanas olvidaron bien pronto que el emperador procuraba constantemente la felicidad de los vencidos: cometieron violencias que exacerbaron la ira encubierta de los cántabros y astures, las injurias pasadas y el sentimiento latente de ansiada libertad, resultando la segunda lucha, aun más feroz y terrible que la primera. Ignórase cómo empezó, y es de suponer que sublevada en un principio parte de la poblacion, Lucio Emilio marchase contra los insurrectos, á quienes, positivamente se sabe, asoló sus tierras, incendió sus chozas, y mandó cortar las manos á los prisioneros. ¡Crueldad practicada por los vencedores en aquella edad de exterminio! Bien fuese que el ejemplo de la sublevacion enardeciera los ánimos de los astures y cántabros, ó bien que los actos ejecutados por el general y soldados enemigos irritáran á aquellos rústicos españoles, verificóse instantáneamente un levantamiento en masa que por mucho tiempo entretuvo á las legiones sin obtener resultados ventajosos; cuando Augusto, juzgando á Agripa el único capaz de poner fin á tan encarnizada contienda, le hizo pasar á España, desde las Galias donde á la sazon se hallaba combatiendo con los belicosos germanos. Envanecido éste con sus triunfos, atribuia el mal éxito de la guerra á la impericia de los jefes Lucio Emilio, Carisio y Cayo Turio, pero bien pronto sufrió el desengaño, siendo derrotado en los primeros encuentros, y viéndose obligado á emprender la retirada, pues sus soldados, llenos de estupor, sólo á la fuerza marchaban contra sus valerosos adversarios. Tomóse algun tiempo para restablecer la disciplina, reanimando el valor de sus legiones y amenazándolas con tremendos castigos, que llevó á efecto, despues de otro combate, disolviendo la llamada Augusta y declarándola indigna de llevar tan esclarecido nombre.

Tanta severidad produjo su efecto: sus tropas mejor dispuestas obtuvieron el triunfo en los nuevos encuentros, hasta que habiendo sorprendido á los cántabros en una llanura, empeñólos en una batalla general, alcanzando completa victoria. (1) Invadió á seguida toda la Cantabria, dió muerte á cuantos habitantes encontraba, y destruyendo sus viviendas, obligó á los ancianos, mujeres y niños á establecerse en el llano bajo la vigilancia de sus dominadores, á quiénes ofrecieron el espectáculo horroroso de madres que mataban á sus hijos, ó de hijos que hundian sus aceros en el pecho de sus padres, porque en el pensamiento de todos se hallaba indeleblemente grabada la idea fatal de la muerte ántes que sufrir el yugo de la esclavitud.

España diremos con Tito Livio, «el primer pais del continente que invadieron las armas romanas, fué el postrero que se sometió.» Doscientos años necesitaron para subyugar á la península ibérica. Su torcida política, su orgullo desmedido y su brutal codicia, retardaron la trasformacion de la España en provincia romana; pero no dejemos de consignar con caractéres de oro, que los españoles han sido por su valor é independencia los baluartes inexpugnables donde se han estrellado las dominaciones extranjeras.

ENRIQUE BORREGO PRADA.

(*Concluirá.*)

(1) Dion. Cass. L. IV.—Páteres. L. II.—Flor. L. II.

EL TRABAJO.

In sudore vultus tui, vesceris pane..
Génesis, 3.°, 19.

Y dijo Dios: «Sobre tu impura frente,
»Marca infame de culpa, impresa leo:
»Que el sudor de tu piel, acre y ardiente,
»Moje tu pan, amargue tu deseo,
»Y del trabajo esclavo, eternamente,
»Sin trégua, ni descanso, ni medida,
»En laboriosa lucha fecundante
»A través de los tiempos sea tu vida.»
Y de la Austral region hasta Occidente,
Desde el Sur apartado hasta Levante,
La humanidad, cumpliendo su destino,
Con sangre vá regando su camino,
Sobre la tierra, incierto caminante.
Contemplad la sedienta y fatigada
Sin encontrar reposo
En el girar eterno de los siglos,
Por secretos instintos impulsada,
Un *mas allá* buscando misterioso
Que á luchar y vencer tenaz la incita;
Que en insaciable sed su pecho enciende;
Que en deseos nobilísimos le agita,
Y hace que, de su vida en la jornada,
En las ondas azules de los vientos

Biblioteca Nacional de España

Deje tras sí, cual huella de su paso,
Con palabras de luz la ciencia escrita.
Su atrevida mirada
Sorprende de los mundos la armonía
Rompiendo audaz los impalpables velos
Que visten de misterio y de poesía
Los cóncavos espacios de los cielos;
Y estrecha hallando á su ambicion la tierra
Su atrevido valor, doma gigante
De la ola rebelde la bravura
Del Indio mar á la region de Atlante!
Descubre paso á paso de natura
Las escondidas fuerzas creadoras,
Que con afan ardiente
Va convirtiendo en fuerzas productoras.
Hasta que el sacro fuego
De un destello de Dios su frente inspira,
Y en vano el huracan su frente azota;
Que fuerte con la ciencia, altiva mira
La tormenta á sus piés deshecha y rota.
Nada detiene su triunfal carrera,
Ni obstáculo se opone á sus hazañas:
De uno á otro polo, sin rival, impera:
Alza los valles: hunde las montañas:
Con su mágica vara de hechicera
Hace brotar magníficos palacios
De la tierra, que gime aprisionada
Por férrea ligadura:
En el fuego de Dios su idea enciende,
Y ardiendo en inflamada calentura
De inspiracion creadora,
A un *fiat* de su razon, el viento hiende
Rugiendo la veloz locomotora.
¡Esa es la Humanidad! Así el divino
Precepto cumple humilde y resignada!
Trabajar y sufrir es su destino,
Y por él impulsada,
Si trabaja, si lucha, si en ardiente
Delirio soñador, de su existencia
Los gérmenes impuros acrisola,
El trabajo á la vez pone en su frente
Del génio la magnífica aureola.
La India, el Egipto, Grecia, Roma, Italia,
Las nevadas regiones de los Alpes;
Del ancho mar la ola turbulenta;
La altiva majestad de la montaña;
Cuanto el Sol con su luz alumbra y baña,
Ha sido y es teatro de su gloria;
Que ella dejó, marcando su camino,
A las futuras gentes, como historia,
En obras gigantescas
Con piedra y bronce escrita su memoria.
¡Esa es la Humanidad! Vedla cruzando
La anchurosa region del firmamento
Sobre su inmenso pedestal de tierra,
Con el misterio universal soñando,
Puesto en Dios, atrevida, el pensamiento.
Quiere tambien crear: su fantasía
Un mar de inspiracion sedienta agota,
Y en mágica armonía,
Eterno manantial de la poesía,
Ornado con su régia vestidura
El arte bello de su frente brota;
Y entonces, el rumor que en la espesura
Forma la brisa leve
Cuando jugando mueve
El frondoso ramaje;
De la revuelta mar el oleaje,
Y las oscuras brumas;
Del arroyo tranquilo las espumas;
El aire melancólico y sonoro
Del ruiseñor que canta sus amores;
Del manto de la noche el polvo de oro;
Las delicadas tintas de las flores;
El ronco son de tempestad qne estalla;
El sangriento fragor de la batalla;
Cuanto en el mundo tiene voz ó eco;
Cuanto en el mundo tiene forma ó vida,
Todo el arte lo estudia y reproduce
En su febril inspiracion sentida.
¡Esa es la Humanidad! Lleva en su frente
Mares de luz creadora:
Por la sagrada inspiracion ardiente
Su corazon entusiasmado late;
Su fantasía inquieta y soñadora
Mundos le finge, y en el rudo embate
De razas y de siglos y naciones,
Realiza aquellos mundos
Con fé serena y ánimo valiente,
Del trabajo en el áspero combate!
¡Trabajar y vencer! Tal el precepto
Es que obedece la familia humana:
Tal la mision que dócil va cumpliendo
Cuando en su orgullo entusiasmada crea
Los impalpables mundos de la idea,
El anatema de su Dios sufriendo:
«*Que el sudor de tu rostro tu pan sea.*»

FRANCISCO J. CÓBOS.

Biblioteca Nacional de España

DESCRIPCION
DE
LA CUEVA DE LOS MURCIÉLAGOS. *

En las primeras estribaciones australes de la Sierra Nevada, cerca de la marina, entre hondísimos barrancos á que dan origen altas y continuadas cordilleras cubiertas de alegres viñedos, y sobre extratos calizos cuajados de petrificaciones, despliega la villa de Albuñol sus casas en anfiteatro, rodeadas hácia la parte del Sur por naranjos y limoneros.

La no lejana villa de Adra viene á caer mirando hácia el sudeste, y la fortaleza de la Rábita al mediodía, ambas sobre el mar; el rio de Orgiva y todo el territorio alpujarreño á quien hizo famoso el levantamiento de Aben-Humeya, corren por el cierzo; y en la banda de Poniente están, Velez de Benaudalla, Motril y Salobreña.

Albuñol, pues, hállase en la costa de la provincia de Granada; es una de las cabezas de sus partidos judiciales y del distrito marítimo; al de Torvizcon perteneció desde principios del último siglo hasta el primer tercio del actual: durante los reinados de la casa de Austria, era una de las florecientes poblaciones de la taha de Cehel Grande; mientras la dominacion agarena veíase enclavada en la cora de *Elvira* y si hubo de existir en la edad romana, debió depender de la capitanía y obispado de *Abdera*, cabeza de los pueblos á quienes llama *bástulos* Estrabon y lo mismo Ptolomeo (añadiendo éste, que se estimaban penos ó cartagineses) los cuales, segun la mejor inteligencia de Plinio, estaban adscriptos al convento jurídico de *Astigi* (Ecija) En tiempos remotísimos toda aqnella tierra tocaba á los *mastienos*, como parece del testimonio de Hecateo Milesio, que vivió cinco siglos antes de la era cristiana.

Tiene bastante parentesco el nombre de *Albuñol* con el de *Albuniel*, cortijada entre Jaen y Granada, en cuyo sitio he demostrado que estuvo la mansion de *Viniolis:* ¿no pudo haber otro con igual denominacion en los bástulos?

Son á la villa de Albuñol, amenaza y daño constante, la rambla de Ahijon, en el lado occidental, y la de Aldáyar por el Oriente; y forma esta última el arroyo de los Puñaleros, nombre que recuerda los asesinatos de los monfies de las Alpujarras, cuando el rebelion de los moriscos, y el de la Alcaicería, más bajo, hácia donde nace el sol.

Puñaleros, cuyo trayecto es como de una legua, tributa sus aguas á la Alcaicería, que nace no lejos de Múrtas, y recorre legua y media de áridos barrancos hasta el lugar en que aquel se le une.

Acercándose cada vez más aquí las raices de las contrapuestas montañas, forman un lecho profundísimo al torrente, por lo cual, y en el espacio de casi media legua, se denomina de las *Angosturas;* las cuales terminan en la rambla de Aldáyar. Esta, despues de un curso brevísimo, confunde al Sur de la villa su turbio caudal con el Ahijon, y pierden su nombre ambos torrentes en la rambla de Albuñol, que, despues de una legua, lleva tambien sus aguas al mar, por el lado oriental de la Rábita.

En las *Angosturas*, la compacta caliza de los dos lados formando saltos y precipicios espantosos, como el del *Aguila*, y alguna escasa y bravía vejetacion caracteriza más la desnudez de aquellos tajos y derrumbaderos.

Caminando desde Albuñol á la rambla de *Aldáyar* y por ásperas cuestas, en el espacio de casi tres kilómetros, al salir de una muy corta meseta, sorprende al caminante la profundidad de un abismo espantoso, en el cual ábrese con rapidísimo descenso blanca y estrecha senda, como cinta suspendida sobre el precipicio; y por ella es fuerza bajar, si el curioso tiene empeño en ver la ya para siempre famosa *Cueva de los Murciélagos.*

El tajo, por allí de ciento veinte métros sobre el fondo de las *Angosturas*, como que se complace en mostrar al viajero la negra boca

* Del libro intitulado: «Antigüedades prehistóricas de Andalucía.» Su autor, D. Manuel de Góngora y Martinez.

Biblioteca Nacional de España

de la caverna, á cincuenta métros del lecho del barranco y sesenta de la meseta, de donde parte la suspendida senda que á la vereda conduce. Tuerce luego esta pendiente hácia el Sur en sentido casi horizontal, cortada á la siniestra mano por la línea vertical de la roca.

La *Cueva de los Murciélagos* debe su nombre tradicional á la multitud de los que allí se albergan.

MANUEL DE GÓNGORA.

EL AMOR.

El hombre há nacido para pensar; esta verdad innegable se encuentra evidenciada á cada momento en esas mil obras que á nuestra vista se presentan, y que no son otra cosa que el pensamiento humano que ha llegado á realizarse. La inteligencia humana, débil reflejo de la inteligencia del Ser infinito, no reposa un momento; resultado de esa actividad y de la alianza entre las facultades espansivas y las aprensivas, son las pasiones, que ora conducen al hombre por el camino del bien, engrandeciendo su espíritu y ensanchando los horizontes de su pensamiento y entonces este hombre es un héroe, un génio ó un santo, ó ya tuercen su voluntad despeñándole al insondable abismo de la depravacion más horrenda, de la criminalidad más espantosa.

Entre esas pasiones tan decisivas para la vida de la humanidad, descuellan principalmente el amor y la ambicion. No es la edad la que determina el nacimiento de estos afectos ó su fin. ¡Cuántas veces aparecen con nosotros y cuántas nos acompañan á la tumba!

Corta es la vida del hombre, y Pascal dice con razon que no debe contarse ésta desde el instante en que desprendiéndose del cláustro materno lanza su primer gemido, sino desde el mismo momento en que el juicio alcanza toda su madurez, y esto no sucede hasta la edad de los veinte años. ¿Qué importa para la vida de la inteligencia y del corazon, la infancia, edad de caprichos, de tranquilidad y de inocencia?

Una vida es venturosa, ha dicho el escritor arriba citado, cuando comienza con el amor y termina con la ambicion. A poder, escogería una existencia semejante. Amar y ser amado, fijar todas las aspiraciones de la vida en una mujer en quien se encuentran unidos en admirable consorcio, talento, virtud y belleza; hé aquí la felicidad. Desear ser grande, como Julio César; político, como Maquiavelo; poeta eminente, como Dante; santo, como Juan de Dios: hé aquí la gloria. ¿Quién no ha de ambicionar una existencia que principia con la felicidad, y concluye con el láuro?

En un alma grande, todo es grande. Le preguntais si ama; no lo sabe, pero lo siente; le preguntais si ambiciona; no desea, pero consigue. El amor no se ha hecho para las almas pequeñas; ese sentimiento sólo puede percibirle en toda su estension, con toda su intensidad, un corazon privilegiado.

La humanidad confunde generalmente el amor con el deseo y con el apetito: el amor es la identificacion de un alma con otra; es la absorcion de un ser por otro ser; es la abnegacion; es el sacrificio: todo germina á su vivificante soplo y nunca podrá comprender el ser imperfecto y deleznable que se llama hombre esa palabra, sublime lazo que une á la tierra con el cielo.

Para mí, el amor, ó se dirige á Dios, ó se encamina á la patria, ó liga con tierno lazo á la madre con el hijo, al hombre con la mujer en quien cifra su dicha, y en la que mira la realizacion de sus sueños de felicidad.

El amor á Dios, es el más sublime de los amores. El Ser supremo que es la bondad suma, extiende su protectora mano á todo lo creado, y se complace en la más perfecta de sus obras, en el hombre. A Él lo debemos todo, y sin embargo, no siempre pagamos sus beneficios con el afecto ardiente y superior á todos los afectos que debemos tributarle.

Pero no se contenta la ciega humanidad con cerrar su corazon al amor divino y pagar con ingratitud sus favores: ¡cuántas veces le desconoce! y ¡cuántas veces le niega y le declara guerra!

¿Y qué será de la humanidad? La destruccion vendrá sobre el pueblo que no ame á Dios, que orgulloso le niegue y le desconozca. Sólo Él es inmutable y eterno; registrad la historia y ved cuál ha sido la suerte de los imperios que han desconocido á Dios: ruinas y polvo; hé aquí lo que resta de sus jigantescos palacios; su civilizacion ha muerto y sus hijos yacen en la esclavitud. Pero cuán venturoso es el pueblo que ama á Dios y cuán dichosa la existencia del hombre que siente su corazon inflamado en el amor divino! Ese pueblo realizará el progreso que no consiste ciertamente en los telégrafos, ferrocarriles y las máquinas; el progreso, consis-

Biblioteca Nacional de España

te en la virtud y el sacrificio, y sólo se sacrifica quien ama. En la vida de la perfeccion, mas representa y más vale un pueblo sencillo sin máquinas y sin todo ese fastuoso aparato de que se rodea la civilizacion moderna, que un pueblo malvado que no piense más que en el goce y en el perfeccionamiento de la materia. Decía que la esencia del amor es el sacrificio, y aun más se nota esto en el amor á Dios.

¡Cuántos sentimientos sublimes no ha hecho brotar esa pasion! Los mártires, regando con su sangre las graderías del foro y desafiando la prepotencia del tirano; el santo retirado en el desierto y domeñando su carne con el cilicio y la oracion; y el misionero que recorre la tierra de polo á polo para llevar á la horda salvaje el consuelo y la esperanza, obedecen al amor divino, que ha producido tantos hombres grandes, que ha dado tantos dias de felicidad á las naciones y que es el único que puede salvar á los pueblos.

Sublime, santo y noble es tambien el amor á la patria, al suelo que nos vió nacer, donde hemos sido educados y donde reposan nuestros mayores. Desgraciado el hombre que no ama á su pueblo; su corazon está seco como el esparto, y no es capaz de ninguna accion grande. Este sentimiento es universal; lo mismo aman el español y el francés las fértiles regiones en que habitan, que el esquimal los bancos de hielo en que le ha colocado la providencia. Este amor, inflamando los corazones con su fuego, ha producido esos héroes que, confiando en Dios y en la justicia de su causa, han realizado jigantescas empresas para sacar á su patria de la abyeccion y la ignominia. Al sacro fuego del pátrio amor, obedecía Horacio Cocles en el puente, deteniendo, sin más auxilio que el de su brazo, un numeroso ejército. La doncella de Oreans, inspirada en ese sentimiento, arroja los ingleses de Francia; el Cid combate á los musulmanes, y más tarde los españoles descubren un nuevo mundo, y hacen que la estrella de Napoleon se eclipse y sus orgullosas águilas retrocedan por vez primera.

¿Y qué diré del amor materno? En esta indecision, tal vez recurriría al artificio de aquel pintor de la antigüedad, que, no sabiendo cómo expresar el dolor de una madre que veia perecer á su hijo, cubrió su rostro con un velo.

El amor paterno es el lazo que une lo más antitético que existe, la juventud y la vejez. En todas las sociedades, en todas las épocas que la historia registra en sus anales, vemos ese cariño santo formando el sólido cimiento sobre que reposa el secular edificio de la familia. Pero aun mas se perfecciona este afecto cuando los principios salvadores del catolicismo se encarnan en la sociedad, viniendo á constituir la base de la gobernacion de los pueblos; entonces la familia se modifica, y el amor paterno gana en dulzura lo que pierde en despótica autoridad.

Supera en ardor é intensidad, ya que no en fijeza, á todos los amores, el que siente el hombre hácia la mujer. Y no hablo aquí de la pasion bestial, que no atiende á otra cosa que á la forma y al deleite; hablo de la pasion intelectual, del afecto que une y confunde dos almas en tendencias y en aspiraciones.

Curioso é interesante por demás, seria seguir paso á paso la historia del amor; pero ni lo permite este ligero bosquejo, ni entra en mis propósitos. Bastará con fijar la naturaleza de esta pasion tal como yo la concibo. He indicado que existe un amor intelectual que se diferencia esencialmente del amor sensual. Nuestros corazones son susceptibles de una inclinacion que nos atrae hácia otra persona de sexo diferente, detrás de la cual desaparecen para nosotros todas las demás; éste es el amor intelectual que no puede confundirse con el de los sentidos, que con cualquiera se satisface. El primero puede ejercer saludable influencia en los pueblos; así es, que cuanto más se civilizan las naciones, tanto más se eleva el alma, tanto más se propaga ese afecto y tiende á remplazar el amor vago que no mira otra cosa que el deléite y el goce. La antigüedad entrevió sin duda ese santo afecto, pero no pudo comprenderlo. En los pueblos más sábios, en la culta Grecia y la orgullosa Roma, la mujer no era más que un instrumento de brutales placeres. El cristianismo coloca á la mujer en su verdadero terreno devolviéndola la dignidad que las vanas doctrinas de los filósofos la habian arrebatado; el hombre vé desde aquel momento en la mujer su igual y su compañera, y su afecto por ella se purifica y engrandece. El amor sensual que degrada, quedó derrotado, siendo sustituido por el amor intelectual que ennoblece al alma é inspira los más grandes sacrificios.

«Amar y ser amado.» En estas palabras debiera encerrarse toda la historia del hombre que nunca debe olvidar las palabras sublimes del Dios del Calvario, que rotos piés y manos y traspasado el pecho, sintetizó al espirar su doctrina en estas palabras: «Amaos los unos á los otros.»

José España Lledó.

Biblioteca Nacional de España

LA PATRIA LIBRE.

Presa de la tiranía,
juguete de la ambicion,
triste la España gemía
viendo aumentar cada dia
su vergüenza y su baldon.

—

Con incansable heroismo
sus nobles hijos lucharon;
mas fué inútil su civismo,
que sólo en premio alcanzaron
la muerte ó el ostracismo.

—

Y la esperanza perdida
tras de su esfuerzo potente,
desanimada y rendida,
España dobló la frente
entre cadenas dormida.

—

Mengua y oprobio! ¡Ese sueño
en la nacion que hizo alarde
de alcanzar siempre su empeño,
va á someterla cobarde
á los caprichos de un dueño!

—

Oprobio eterno mereces
si no rompes esos lazos
con que tu fama escarneces!
Sofoca como otras veces
la opresion entre tus brazos!

—

¿Qué fué, díme, patria mia,
de tu invencible arrogancia?
Aquella España que un dia
en San Quintin y en Pavía
hizo temblar á la Francia?

—

Aquel pueblo, que cual rayo
desvastador, en la lid
jamás conoció el desmayo;
digna cuna de Pelayo,
noble sepulcro del Cid!

—

Aquel pueblo, cuya historia
sólo presenta en conjunto
una tras otra victoria,
y que en Numancia y Sagunto
con sangre escribió su gloria!

—

El que con el signo santo
de la cruz, llenó de espanto
las agarenas legiones,
y holló sus rojos pendones
en Covadonga y Lepanto!

—

¿Tal es la suerte que espera
á esa nacion tan altiva?
¿Ver rasgada su bandera
y vivir siempre cautiva
víctima de saña artera?

—

No, por Dios! Que el pueblo hispano
odia de muerte al tirano;
y si ayer sufrió rendido,
es hoy leon soberano
que aterra con su rugido!

—

Del cautiverio en que gime
ve la horrible realidad
y el yugo vil que le oprime
destroza, heróico y sublime,
al grito de ¡libertad!

—

Libertad! Brillante sol
que ilumina nuestro suelo
con esplendente arrebol!
Libertad! Único anhelo
del bravo pueblo español!

—

Sigue tu marcha adelante
por ese campo fecundo
sin desmayar un instante!
Ya eres libre! Sé constante
y darás asombro al mundo!

—

Que si ese mundo altanero
hoy de tus triunfos se extraña,
mañana dirá sincero:
¡Loor eterno al pueblo ibero!
¡Gloria á los hijos de España!

SALVADOR PEREZ MONTOTO.

Biblioteca Nacional de España

UN REVOLUCIONARIO

DEL SIGLO XIII.

Estamos en el año de 1250.

Italia es el pais que sirve de teatro á los hechos que vamos á narrar.

Aparte de las repúblicas de Venecia, Pisa y Génova, las tres potestades de la península italiana son el Papa, la Liga lombarda y el rey de Sicilia; como dice con razon el ilustrado Sr. Cámus en un opúsculo del cual extraemos los datos que utilizamos en el presente artículo.

Milan, á la cabeza de la Liga, se propone ganar su independencia. El emperador Federico quiere reprimir este generoso conato de libertad y emancipacion; mas el pontífice le excomulga, por tres veces, obligándole á marchar á la cruzada; y Federico muere, al al fin, destronado en Fiorenzuola.

El *largo interregno,* de 1250 á 1273, dura hasta el advenimiento de Rodolfo de Habsburgo.

Los *güelfos,* partidarios del Papa, y los *gibelinos,* servidores del emperador, sostienen una de las luchas políticas y sociales más empeñadas de que la historia nos da cuenta.

Sabemos que los güelfos eran los hombres del *tercer brazo,* ó del *estado llano;* del cual el abate Sieyes habia de decir, con voz de profeta, cinco siglos despues: «¿Qué es el estado llano? Nada. ¿Qué debe ser? Todo.»

Los güelfos apoyaban la autoridad de los pontífices; porque esta, en aquel tiempo, era la única verdaderamente popular y civilizadora; la que sostenia á los pequeños y reprimia á los grandes; en lo cual no hacian los Papas sino cumplir la sentencia divina: «Los humildes serán alzados; los soberbios, abatidos.»

Los gibelinos eran los nobles y señores que levantaban sobre el pavés de sus armas la potestad imperial, dispensadora de sus inmunidades arbitrarias y sus odiosos privilegios.

Los unos, con el Papa á su cabeza, tenian por divisa este lema cristiano: *independencia y libertad.*

Los otros, palaciegos ó caudillos al servicio del emperador, seguian la enseña del cesarismo: *tiranía y esclavitud.*

En esta situacion de las cosas en la península italiana, el 8 de mayo de 1265, nació en Florencia el hijo de un distinguido jurisconsulto, de familia ecuestre, oriunda de Ferrara y establecida en aquella ciudad desde el siglo IX, cuando Carlo-magno llevó á ella colonos que la poblasen.

Así el padre, como el hijo, aunque de ilustre prosapia, eran güelfos: el uno, como hombre pensador y de ciencia; el otro, como jóven de accion, inteligencia y generosos arranques.

Dios habia tocado (dice Pier-Angelo Fiorentino) la frente de aquel niño con su omnipotente dedo; y siguiendo su vocacion, obró prodigios cuando llegó á ser hombre.

A su patria dijo: *levántate!* y á su voz, se alzó la Italia con erguida frente y sacudió el lodo de que habian salpicado su manto veinte siglos de barbárie y esclavitud. Y dijo al arte: *marcha!* y las catedrales, los cláustros y hasta los panteones, se cubrieron de maravillosas obras, nacidas de los pinceles de Giotto y Cimabue.

Compuso muchas obras; pero entre todas una, con razon titulada *divina,* le da fama imperecedera y contiene todo su espíritu: es á manera de un *Nuevo Testamento* de gloria y esperanza, que vino á anunciar á la pobre Italia que lucirian para ella mejores dias.

Su sonora voz, extendiéndose poderosa por los espacios, fué á encontrar eco en las doradas puertas del porvenir, y el porvenir ha correspondido á esta profética voz.

Se puso á meditar, y de una de sus ideas nació la ciencia de Maquiavelo.

Púsose á cantar, y de una de sus estrofas brotó el arte de Miguel Angel.

Meditando y cantando, nuestro poeta llegó á ser el *Homero cristiano.* Pero el ardiente güelfo, no contentándose con poner su palabra y su pluma al servicio de las ideas de

Biblioteca Nacional de España

libertad, independencia y emancipacion de su patria, sacó su espada con denuedo y combatió heróicamente contra los gibelinos de Arezzo, Pisa y Bolonia; contribuyó de una manera muy principal á la brillante victoria de Campaldino en 1289 y á la importante toma de Caprona en 1290.

Por sus grandes servicios, por su talento superior y reconocido mérito, fué alzado en 1300 á la elevada dignidad de *Prior* de la república florentina.

Desgraciadamente, los güelfos se dividieron en dos fracciones: los *Neri* y los *Bianchi*: á estos últimos, enemigos intransigentes de la influencia francesa, pertenecía nuestro revolucionario.

Cárlos de Valois entra, por fin, en Florencia; el *Podestá* Cantedi Gabrieli impone á nuestro poeta una ruinosa multa y le condena á perpétuo destierro; apercibido de muerte si vuelve á su ingrata pátria.

En un rapto de furor, desesperado y ofendido, se hizo gibelino y trató de combatir á los güelfos.

¡Oh! con cuánta razon podia el ilustre revolucionario del siglo XIII aplicar á su pais, y aun á sí mismo, estas tremendas palabras:

Per me si va nella cittá dolente;
Per me si va nell' eterno dolore;
Per me si va tra la perdutta gente;
. . . . . .
Lasciate ogni speranza voi ch' entrate.

Falleció, poco despues, en 14 de setiembre de 1321, en Rávena, ilustrándola y engrandeciéndola con la posesion de sus despojos mortales.

Porque nuestro héroe, aquel ilustre güelfo, aquel Homero cristiano, es... DANTE ALIGHIERI.

Insigne autor de la *Divina comedia*:

Gran revolucionario del siglo décimo-tercero:

Uno de los cuatro primeros poetas italianos: Ariosto, Petrarca, Tasso y Dante.

NICASIO DE LA VEGA.

JESUCRISTO EN LA MALEDETTA.

Tradicion del valle de Aran.

A MI QUERIDO AMIGO D. JOSÉ ESPAÑA LLEDÓ.

¿Quiéres que escriba una tradicion? ¿Que fije en el papel con sus brillantes colores un precioso cuadro, debido quizá á la calorosa imaginacion de algunas generaciones? ¿Que se desprenda de estas líneas el suavísimo perfume de las creaciones populares? ¿Quiéres sentir el mismo placer que nos causan las brisas de la tarde, trayendo entre sus ráfagas el aroma de las plantas y las flores? ¿Quiéres que tu espíritu se cierna en los espacios de la fantasía, en las regiones de lo sobrenatural? ¿Soñar con el pasado? ¿Quiéres que petrifique una lágrima de algun poeta ignorado, y que la coloque en estas páginas, para que brille como un diamante?... ¿Y todo ésto me lo pides en nombre de nuestro fraternal cariño? Empresa difícil es... pero probemos.

I.

¿Vés aquella montaña, árida, sin un arbol, sin una planta, rodeada en su base de rocas, recortando en el azulado espacio su medrosa apariencia?

Es la Maledetta: este nombre tiene una historia, héla aquí.

Corría no sé qué año: el mundo marchaba como siempre; los buenos sufrian y los malos lucraban, sólo que habia esperanzas de un porvenir glorioso en aquellos sufrimientos, é indiferencia de un futuro horrible en aquellos goces.

En esa montaña, vivian entregadas á los placeres, numerosas familias de ganaderos y leñadores. Sus ganados se aumentaban prodigiosamente: las maderas que cortaban en sus bosques espesísimos las cambiaban por otras riquezas de los pueblos comarcanos: sus mujeres sonreian entre goces: los astros que brillaban en un cielo siempre sereno y plácido, iluminaban sus fiestas: los complacientes ecos de las montañas vecinas, repetian el alegre

Biblioteca Nacional de España

rumor de sus lúbricas danzas y los roncos gritos de sus desordenadas orgías. Vivian gozando y despreciando á sus semejantes; negando á los pobres su pan, su techo y la lumbre de su hogar; á veces les lanzaban sus perros que los perseguian entre las rocas.

¿Vés allá abajo una pequeña torre? Es la de la iglesia de Salardú.

Una tarde salian dos personas de la iglesia: las puertas se habian abierto á su sóla presencia; las campanas habian sonado sin que nadie las tocara; el órgano habia dejado escapar un suspiro melodioso: una ráfaga de luz las envolvia. Dirigíanse á la montaña: los pliegues de la túnica de una de ellas flotaban ondulantes entre la bruma del crepúsculo: se apoyaba en un báculo de peregrino: bajo la negra toquilla de su ancho sombrero, brillaban sus ojos con indescriptible dulzura, y se arremolinaban los numerosos bucles de su rubia y sedosa cabellera. A pesar de lo severo de su rostro, habia una bondad infinita y suprema en la sonrisa que se dibujaba en sus lábios: caminaba ligeramente apartando los brezos y espinos que se oponian al paso de su compañera. Los últimos reflejos del crepúsculo, dejaban distinguir tan sólo entre los negros pliegues del manto de esta, el blanco cendal que envolvia su frente, y sus melancólicos ojos que se fijaban con amor en el peregrino: lo restante del rostro se perdia envuelto en una deliciosa penumbra.

La última luz del dia fué desapareciendo: desapareció tambien la vaga claridad que envolvía aquellos séres: la senda fué haciéndose más angosta; las copas de los pinos y de los manzanos silvestres se agitaban entre las sombras; algunas rocas destacaban su aguda silueta en las revueltas del camino.

Tras una de ellas se agrupaban varias personas alrededor de una humilde caballería: una mujer sosteniendo en sus brazos á un leñador herido, pretendia colocarlo sobre el caballo; un hombrecillo contrahecho forcejeaba ayudándola; un niño los contemplaba estremecido de terror.

Acercóse el peregrino; ayudó á colocar al herido sobre el caballo, le cubrió con su manto, y envolvió, con los anchos pliegues de su túnica, al corcobado, que tiritaba de frio: la mujer habia colocado en su regazo al niño, que se estrechaba sonriente contra su seno.

Así caminaron.

En lo más alto de una escarpada pendiente, brillaba una luz: al llegar á ella, oyeron rumor de roncas carcajadas, ásperos cantos y alegres voces que salian de una gran cabaña.

El peregrino llegó á ella, y dió un golpe con su báculo en la puerta. Abrióse ésta, y asomó su adusta faz un leñador:

—¿Qué quereis?

—Amparo por esta noche: somos pobres... acompañamos á un herido... traemos frio!

—Idos al infierno, viejos del diablo; contestaron, y la puerta se cerró violentamente.

El peregrino continuó caminando; los que le acompañaban le siguieron silenciosos. Anduvieron toda la montaña; en todas partes escucharon los gritos de las fiestas; en todas los recibieron con insultante desprecio.

—Idos, idos, no queremos mendigos... turbaríais nuestros placeres... vuestros harapos ocultan la lepra: *anemd unque*... idos.

El peregrino bajaba la cabeza; el corcobado lanzaba una imprecacion; el herido se quejaba; su mujer lloraba en silencio.

Era más de la media noche; en el horizonte la luna, lanzando un occéano de luz, eclipsaba á los demás astros. Los viajeros bajaron de la montaña, dirigiéndose á la iglesia de Salardú.

Cuando estuvieron ante ella, el peregrino tocó ligeramente al herido, que se lanzó del caballo de un salto; murmuró algunas palabras al oido del corcobado, que irguió su cabeza, cayendo á sus piés de rodillas; besó en la frente al niño, y despues trazó con su dedo un círculo en el horizonte.

Momentos despues, cárdenas nubes se apiñaban en el espacio, el trueno retumbaba mugiendo, el huracan arrojaba los pinos contra las rocas arrancándolos de sus asientos, caia desordenadamente la lluvia, los torrentes bajaban rujiendo de la montaña, y entre sus olas, cuyas espumas blanqueaban en la oscuridad, se oian los ahogados gritos de los pastores...

El hombre se volvió hácia la pequeña igle-

Biblioteca Nacional de España

sia. Las puertas se abrieron con estrépito, las campanas se balancearon en los aires, el órgano dejó escuchar un melodioso suspiro, una chispa deslumbradora recorrió todos los candelabros del altar iluminando el templo. El peregrino entró en él: la mujer siguióle; ambos se lanzaron silenciosamente una mirada de tiernísimo afecto...

La tempestad habia cesado: la luna brillaba en el firmamento: en una vaga lontananza se dibujaba esa montaña granítica, calva, azulada y sombría.

La maldicion de Dios habia pasado por allí. Desde entonces, esa montaña, se llamó la *Maledetta.*

FRANCISCO GUILLEN ROBLES.

LO QUE CADA UNO DA.

En el album de la Srta. D.ª I. T.

Flores da la primavera,
y da frutos el estío;
sueños nuestra edad primera;
goces la virtud severa,
y los placeres hastío.
Da el amor melancolía,
y da el estímulo aliento;
entereza el sufrimiento;
borrascas la mar bravía;
vértigos el pensamiento.
Orgullo da la nobleza,
vanagloria la hermosura,
conformidad la pobreza,
la sociedad amargura,
la religion fortaleza.
Da la amistad confianza,
el césped mullida alfombra,
la caridad bienandanza,
las creencias esperanza,
y el árbol frescura y sombra.
Da la vejez experiencia,
la juventud desengaños,
tranquilidad la conciencia,
los libros saber y ciencia,
canas y arrugas los años.
Y dan las olas espuma,
y las nubes arrebol,
y para abreviar, en suma,
yo doy tormento á la pluma,
y tú das celos al Sol.

A. R.

FISONOMÍA DE LAS REUNIONES.

SEMBLANZAS DE LAS LICEISTAS.

Las semblanzas de las bellas
para esta noche ofrecí,
y ya me teneis aquí
dispuesto á cumplir con ellas.
Si doy lugar á querellas
ó algun olvido cometo,
de la reunion me prometo
dispensa, indulto y perdon,
y fuera de la reunion
que me guardeis el secreto.

ELADIA GARCIA.

Es aún muy niña, y ya toca
con tanto gusto el piano,
que hace expresar con la mano
lo que no expresa la boca.
La mucha alabanza es poca
para hacer su apología:
es hija de la armonía
y del arte mensajera:
¡es una niña hechicera
la niña Eladia García!

DOLORES VILLEGAS.

Aplausos, versos y flores
merece tu aplicacion,
y de todo corazon
te los prodigo, Dolores.
Que es de admirar y aplaudir
tu mérito singular:
ya quisiera yo escribir
como tú sabes tocar.

ELISA Y CONCHA ARRUGAETA.

Concha cantó... ¡ya no canta!
y de esta reunion ausente,
sufre triste el persistente
mal, que su salud quebranta.
¡Elisa y Concha! me encanta
una y otra, y pese al mal,
son dos prismas de un cristal,
y en dos pechos un latido;
dos palomas en un nido,
dos rosas en un rosal.

Biblioteca Nacional de España

PURA QUESADA.

—

Si Pura nos ha olvidado,
como alguno lo asegura,
pues tres noches ha faltado;
aquí nadie olvida á Pura.

Conste y quede consignado:
ni se olvida su figura,
su deferencia, su agrado,
ni de su voz la dulzura.

PAULINA RUIZ.

—

Porque llevas mi apellido
lo cual ni pone ni quita,
á nadie licencia pido
para llamarte bonita.
Sé que *además* eres buena;
y este sencillo *además*,
cual tu piano no suena,
pero á mí me suena más.

GRACIA PELAEZ.

—

Gracia canta como un ave
entre la fronda escondida;
con el acento suave
de la tranquila corriente
del arroyo bullidor.

Su voz trae á la memoria
algo de vago y doliente,
como una ilusion perdida,
como un recuerdo de gloria,
como un suspiro de amor.

ELISA VILLALBA.

—

Elisa Villalba tiene
gracia, talento y donaire;
todo á su favor previene:
¡qué buen decir! ¡qué buen aire!
(Esta chica me conviene.)

MATILDE ENCISO.

—

Buen tipo, buena figura,
distinguido personal,
y soberana apostura.
De gallardo continente,
es reina por su hermosura;
mas para serlo cabal,
sólo falta que su frente
ciña una corona real.

CARMEN FERNANDEZ GOMEZ.

—

Esta niña es una rosa,
en toda su lozanía,
y en mi opinion, más hermosa
que rosa de Alejandría.

Sus encantos verdaderos
dan trégua á penas y enojos:
tiene unos ojos ¡qué ojos!
si parecen dos luceros!

AURORA Y ELISA MORENO.

—

En los jardines de Flora
alhagados por la brisa,
brotaron de una sonrisa
dos capullos: fué uno Aurora,
y el otro mas tarde, Elisa.

Y hoy, al convertirse en flores
con matices y colores,
lucen ambas á la par
su mérito singular,
su belleza y sus primores.

AMALIA HERNANDEZ.

—

La oyera de buena gana,
con su gracia y simpatía,
cantar por tarde y mañana,
de noche y al medio dia.

Su voz á la par semeja,
con modestia y sin temor,
de la tórtola la queja
y el trino del ruiseñor.

Yo no me canso de oir
su delicioso cantar,
pues siente, y sabe sentir,
y expresa, y sabe expresar.

MARTIRIO F. ARROYO.

—

Es, haciéndote justicia,
tu canto, canto de maga,
que enloquece y acaricia,
y deleita y embriaga.

Feliz mil veces, Martirio,
feliz de tu amor el dueño:
eres del arte un delirio,
y del amor un ensueño.

Tus notas, á recojerlas,
valieran un mundo: ¡cánta,
que la voz de tu garganta
es un *arroyo* de perlas!

Biblioteca Nacional de España

ASCENCION RODRIGUEZ.

—

Tiene gallarda figura:
me agrada su jentileza,
de su canto la bravura,
de sus ojos la hermosura,
de su rostro la belleza:
(¡ay! señores, ¡qué criatura!)

SOFÍA PASO.

—

Es una flor delicada
nacida en feraz jardin,
que parece trasplantada
de las orillas del Rhin
á un cármen de mi Granada.
Del mundo para consuelo,
es de belleza un tesoro
y de virtud un modelo,
semeja un angel del cielo
con los cabellos de oro.

—

Se agota mi inspiracion,
(ya lo notarán ustedes:)
mas ¿cómo en esta ocasion
hé de olvidar á Mercedes,
á Julia y Encarnacion:
A Elisa, Matilde y Ana,
Carolina, Robustiana,
Emilia, Cármen y Rosa,
á cada cual más hermosa,
y cada cual más galana?
¿Y Josefina? ¿Y Teresa?
¿Y Pepa? ¿Y Paca? ¿Y Martirio?
¿Y Angustias? pues ¿Y María?
¿Y la que á mí me interesa?...
Vamos, ¡éste es un delirio
de mi ardiente fantasía!

¡Cuánta hermosura en monton!
¡Angeles de rostro vário!
(si sigo la filiacion
voy á hacer un calendario.)
¡Hermosas de la reunion!
Que dispenseis mis olvidos,
y premien vuestras miradas
mis trabajos repetidos:
(no toco aquí á las casadas
por temor á los maridos.)
Que Dios os bendiga á todas,
y os dé con boda ó sin bodas,
(mas con amor y dinero)
un consorte á cada cual.
(Yo en tanto, pobre soltero,
hago aqui punto final.)

AURELIANO RUIZ.

EN UN RATO DE MAL HUMOR.

El mal humor (*spleen*, que dicen los ingleses y muchos españoles,) dá origen á mil excentricidades originales.

A mí, por ejemplo, me hace decir *al revés* todo lo que siento: aquello que me gusta, lo vitupero cuando tengo *spleen*, y ensalzo lo que en estado normal me desagrada.

Y... ya llamé yo tambien *spleen* al mal humor.

—¿Me quiéren Vds. explicar por qué razon, pues debt haberla, ha tomado carta de naturaleza entre nosotros esta palabrilla? ¿Será por lo breve?—No lo creo.—Será entonces por la originalidad de pronunciarse de distinta manera que se escribe?—Ménos.—¿Será por que la mayor parte de nosotros somos *ingleses*, aun sin quererlo? Precisamente, eso és, á no dudarlo; puesto que el *spleen* indica además el estado habitual del español-*inglés*, y aun el del español de pura raza, acosado por *ingleses*.

Y aqui se me antoja contar á Vds. una ocurrencia de un amigo mio que, por si la saben, pues se ha generalizado bastante, les dispenso anticipadamente del *recibo*.

Me lamentaba yo, hace ahora un año, de aquel estado de cosas tan calamitoso, y decia en un arranque de entusiasmo pátrio.—«Estoy avergonzado de ser español; daría cualquier cosa por no serlo.»—Pues dáme una peseta, me dijo el amigo, y te hago *inglés*.

—Pero, á qué viene todo ese fárrago, en la revista del liceo? me dirán Vds.—No viene á nada, *antipáticos* lectores (ya conocerán Vds. que estoy de *spleen*) y precisamente por que *no viene, lo traigo yo* con objeto de justificarme ante sus ojos, por las calificaciones que hago de la reunion que bosquejo en un dia negro para mí.

Y en verdad y conciencia que no me faltan razones para mi mal humor... Figúrense Vds. que apenas me levanto y trato de vestirme (que á tanto obliga la sociedad) me encuentro con dos botones menos en la camisa y con que salta otro al abrocharme el cuello!... A cualquier individuo que gaste camisa, le conjuro á que me diga, puesta la mano sobre un boton, si no es esto una desdicha.—Pues ésta no fué sin embargo sino el anuncio de otras mayores.—Pregunto con avidez por el cartero, que esperaba me trajese dos cartas de sumo interés, y el cartero se retrasó este dia más de lo justo, con lo cual crecia mi impaciencia y el spleen iba tomando proporciones. Llegó por fin y me entregó dos cartas, pero... ninguna de las que esperaba: en cambio era la

Biblioteca Nacional de España

primera de una mujer querida que me hablaba de boda: ¡qué osadía! la otra, de un amigo que me pedia dinero: ¡qué avilantez!...—¿No había para pegarse un tiro?—Hasta el almuerzo se me indigestó. Bien es cierto, que pudo ser por lo requemado y malo que estaba, más que por lo requemada que tenia yo la sangre con tanta desventura.

Pero aun hay más. Quise en el acto contestar á estas cartas y pedí me bajáran el recado de escribir á la mesa-comedor; y en la escitacion de ánimo de que me hallaba poseido, (estaba á la sazon tomando chocolate) tan pronto mojaba un bizcocho en el tintero y quería escribir, consiguiendo sólo inutilizar pliegos de papel; como me llevaba la pluma á la boca, hiriéndome, como mojaba en la jícara la pluma y seguía escribiendo sin apercibirme; con lo cual y atendido el color, aun iba á aparecer más culpable de lo que era en realidad.

Quise dedicarme luego á hacer visitas de cumplimiento y hallé á todos en casa ¡oh furor! no teniendo ocasion del *cumplo* y *miento*. Me vuelvo á casa, y me hallo con una esquela de desafío del amigo aquel que me pedia dinero, y al cual trabucando los conceptos de la otra carta, le contesté en efecto mil despropósitos que le hicieron creer que al no socorrerle en su angustiosa posicion, añadía el burlarme de sus apuros. Tuve necesariamente que ir á darle una explicacion, y lo que es peor, el dinero, como medio más eficaz de calmar su justa cólera: volví á comer tarde y sin apetito; y ¡oh rabia! hallé la comida deliciosa.—¡Ni siquiera pude desahogar mi coraje con la cocinera, atribuyéndola mi inapetencia... . . . . .

En fin, sería interminable que os contára en detalle todas mis aventuras y desventuras de este dia. Basta con lo dicho para que comprendais la razon de mi *spleen;* y sabiendo como las gasto yo cuando estoy así, que no os extrañeis de los despropósitos que siguen y que habeis de entenderlos *al revés*.

Es lo cierto, que aburrido y desesperado como me encontraba, quise huir de las gentes y aislarme, á cuyo efecto me metí en el liceo y principié los apuntes de este modo:

Bailó el piano unos *lanceros*, al son de muchas parejas.

D. Luis Borbujo, antiguo amigo mio, (me lo presentaron la noche de la reunion) ocupó en seguida el piano y disgustó á la misma con un *nocturno*, composicion suya. Los silvidos y fueras de la concurrencia mostraron claramente lo mal que lo hizo y lo mala que era la pieza.

Una sola pareja bailó luego varias *virginias*. Siguió un ária de bajo de *Lucia* que cantó (si aquello era cantar) D. José Ayola.

Todo el mundo sabe que la *Lucia* es detestable, el aria malísima y la ejecucion fué de lo peor que se ha visto ni se verá.

D. Aureliano Ruiz leyó luego una poesia titulada *La mujer*. Desde que se anunció, ya hubo murmullos de descontento; y es que hasta la figura pequeña y cachigordilla que tiene este individuo y su voz atiplada, previenen en contra. De la poesía no hay que hablar, porque fué peor que detestable.

Gran capricho de concierto sobre la Traviata, se titula una pieza de Archer que tocó despues la Srta. D.ª Dolores Villegas. Ya hemos dicho de esta niña en otras revistas que no tiene ejecucion, gusto, ni talento artístico; pero una vez más lo diremos, uniendo nuestras muestras de reprobacion á las que ayer recibió del público, que atronaba el salon con sus toses y sus gritos. Su profesor el Sr. Guillen, estaba orgulloso de una discípula tan fea y tan torpe.

Pues, y dónde me dejan Vds. el duo de barítono y bajo de *I Puritani*, que cantaron Izquierdo y Yuste acompañados por Benitez? Estos dos viejos gordinflones, con su cara rapada, y sin voz, ni estilo, ni ejecucion, ni gusto, ni. . . . . Calle V. por Dios.

Los abuelos y las mamás bailaron á continuacion unos *lanceros*, que era lo que había que ver.

El maestro Guillen se sentó en el piano, para acompañar con la banqueta la cancioncita de *en las astas del toro*, á la Srta. D.ª Encarnacion Gomez Tortosa.—No cabe hacerlo peor, y fué lástima que una pieza de tan gran importancia la destrozára aquella horrible criatura. Hubiera querido oirla en otra cosa mas ligera, y sin verla por supuesto, porque no se la puede mirar sin aborrecerla.

La vera efigie del hambre, la varilla de un cohete, la sombra de un hilo; se preparó luego á cantar la romanza de barítono de *I due Fóscari*.—No de otro modo se concibe al espirituado D. Restituto Santa Cruz, discípulo del Sr. Espinel y Moya, que estuvo tan desgraciado y descompuesto como siempre.

D. Nicolás de Paso, leyó luego unas quintillas sobre *la cama de matrimonio:* (entiéndase que no las leyó acostado, sino que á ella se refería.)—La silva más horrible que ha presenciado el liceo, fué el justo premio que tuvo al concluir, y Vds. verán, si accede á publicarlas, la razon con que se le dió.

El enemigo Yuste, cantó á continuacion el ária de barítono de *la Traviata*, que le acompañaron el Sr. Benitez al piano, y el público roncando. ¡Habría ó nó entusiasmo!...

Biblioteca Nacional de España

El veterinario D. José Rubio (que es el que asiste al revistero en sus dolencias,) cantó el aria de bajo del *Trovador* que le acompañó el Sr. Guillen.—Aquí la gente se asustó de los desaforados y desentonados gritos del ejecutante. Si quiso imitar al perro, estuvo admirable; pero si cantar, no lo consiguió. Cierto es tambien, que aunque tuviera facultades para ello, no las desarrollaría nunca con profesores como el Sr. Guillen, que tiene acreditado que no sabe enseñar á tocar, ni á cantar. Díganlo este, y otros discípulos tan malos como él.

La Srta. D.ª Ascencion Rodriguez Rey, tan rematadamente fea como desgraciada y antipática, cantó acompañándose la cancioncita de *El Bazar de novias*. Entre los espectadores, habia hasta quien lloraba por el autor de la obra. No les digo á Vds. más.

La Srta. D.ª Elisa Arrugaeta, que difícilmente pudo llegar al piano por su obesidad, tocó luego *I Puritani*, fantasía brillante de Leybach.—La pieza, segun les consta á los inteligentes es muy mala, y la ejecucion no pudo estar más en armonía con la obra, pues que fué peor. (Con la mano de un mortero lo hago yo mejor!) Su profesor, el Sr. Mira, estaba indiferente, como acostumbrado á estos desengaños.

Luego se tocaron unos *lanceros*, y no hubo quien los bailára porque todos estaban aburridos; no habiéndose marchado ya por lo temprano que era: apenas si habian dado las doce y media.

Terminado el baile, la Srta. D.ª Encarnacion Gomez volvió á ocupar el piano y cantó una *danza* que le acompañó el Sr. Guillen; pero sin la gracia que estas cosas requieren, porque le falta á esta niña la sal para cantar y para todo. Seguro estoy de que no hubo siquiera un pollo que la dijera... «Te detesto.»

Con lo cual y una *virginia* (sin *Pablo* conocido) se dió fin á esta soledad de desconfianza, y yo doy término á la revista.

. . . . . .

Observo que con el desahogo se me ha pado el *spleen*. En su consecuencia, vuelvo á ver las cosas *á derechas*, y estoy arrepentido de lo que acabo de decir; pero no puedo enmendarlo porque ya está impreso.

Confio en la indulgencia de mis lectores, á cuyo fallo con gusto me someto.

LEOPOLDO E. DE ARCE.

ACUERDOS DE LA JUNTA DE GOBIERNO.

En sesion de 3 de julio próximo pasado, acordó la junta de gobierno adquirir, con destino á la biblioteca de esta sociedad, un ejemplar de la obra que con el título de *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, ha escrito y publicado el socio Sr. D. Manuel de Góngora; al que se le hará saber por medio de una atenta comunicacion en la que conste el aprecio y estima que esta sociedad hace de un trabajo tan excelente, y que tanto honra el buen nombre de su autor y el concepto de la patria comun. Tambien acordó la junta, á propuesta del Sr. presidente general, nombrar *socio de mérito* al Sr. de Góngora, en prueba de distincion; y que cuando el estado de la sociedad lo permita, se dé al ilustrado catedrático de historia y geografía de esta universidad, un nuevo testimonio del aprecio y estima que merecen sus notables trabajos arqueológicos, que le han valido ser apellidado «héroe de la ciencia» por una de nuestras celebridades contemporáneas. *

Para dar á conocer á nuestros lectores el mérito del libro en cuestion, siquiera sea tan sólo en su parte narrativa y literaria, publicamos en lugar preferente la sóbria y magnífica descripcion de la *Cueva de los Murciélagos*, antigua necrópolis, lugar y asiento de los restos que han dado ocasion al estudio y al libro del erudito y laborioso anticuario, nuestro amigo y consocio.

* El Marqués de Gerona.

BASES, PRECIOS Y PUNTO DE SUSCRICION.

Esta revista se publica los dias 1.º y 15 de cada mes, en dos pliegos de impresion, 4.º prolongado, con 32 columnas de lectura compacta, igual al presente número.

Su precio por suscricion, es: 2 rs. al mes en la Capital: 8 rs. trimestre fuera de la misma. Números sueltos 2 rs. indistintamente. Para los Sres. sócios del Liceo, gratis. Los Sres. sócios exentos de pago, tienen derecho á una suscricion, abonando un real mensualmente.

Se suscribe en la Secretaría del Liceo, donde se hallan establecidas las oficinas del periódico.

GRANADA: IMP. DE PUCHOL.

Biblioteca Nacional de España